

Las dos pasiones de Pepe Espiño.
Director del IES Valle de Turón

.....



Entrevista a Pepe Espiño (fuente <http://www.elvalledeturon.net>)

1ª Parte. Las dos pasiones de Pepe Espiño

Llegué a la oficina para hablar con el director de temas relacionados con la página y para agradecerle su apoyo, el del cuerpo docente y la participación de los propios alumnos al “Concurso David Varela de relatos familiares”. Y allí, entre llamadas urgentes y numerosas solicitudes propias de una jornada escolar laboriosa y normal, me encontré con un hombre feliz, implicado y comprometido, sensible y apasionado por su labor de 28 años acompañando este proyecto en el IES Valle de Turón. Pepe Espiño es afable en el trato, comedido y prudente más que tímido.

Hay mucho de cierto en esa descripción de hizo alguien de él hace tiempo “más de confesionario que de púlpito”. Abrió su corazón, detuvo el tiempo y empezó a recorrer su vida disfrutando de esa rememoración. Así surgió esta conversación. Recuerda sus humildes orígenes agradeciendo a todos los que han intervenido en su formación, en la construcción de su personalidad.

Casi todos tienen nombre: sus padres y de manera particular su padre primer artífice de una filosofía personal que sigue habitando nuestro gallego-turonés. “Una persona no es una cosa”, fue una de esas palabras fundamentales, que justifica y aclara el comportamiento de Espiño con su cuerpo profesoral, con sus alumnos, con todos lo que le rodean. La dignidad de todo ser humano es el hilo conductor de su relación con los demás.

Pero en su memoria también hay cantos de agradecimiento para Doña Balbina y Don Benito los dedicados e inolvidables maestros que guiaron sus primeros pasos en la escuela rural, para Don Manuel que orientó definitivamente su trayectoria escolar hacia el Seminario Mayor de Lugo; y para su gran amigo y colega Julio Concepción. Sus dos pasiones están claras y ellas son las dan

equilibrio al hombre: su familia, Ana Belén Dana y Alexia, y la comunidad educativa del IES “Vale de Turón”, a cuyo proyecto educativo lleva vinculado casi tres décadas, dos de ellas como director.

Esta es la primera entrega de una larga conversación con este hombre afable, generoso, pero justo, respetuoso del compromiso contraído y que mide sus palabras a la hora de comunicarse colectivamente con un pueblo con el que se siente y está completamente identificado. El estilo es el hombre y él...es así.

De Galicia a... Turón, el recorrido de muchos turoneses ¿no?

Pues sí, de bastantes. Mis orígenes son, efectivamente, gallegos: todos mis ancestros proceden del fértil y hermoso valle que dibuja y riega el río Ulla, en las inmediaciones de Santiago, muy cerca del Pico Sacro, lugar legendario donde los haya, en los dominios de la mítica “raiña loba”. Un problema en el parto condicionó que mi madre precisase ayuda para alumbrarme; y, en vez de hacerlo en su hogar, como era entonces costumbre, se vio obligada a dar a luz en el Hospital Nuestra Señora de la Esperanza, situado junto a la alameda y al lado mismo del campus de ciencias de la Universidad Compostelana.

Soy el quinto de una familia de siete hermanos, cuya trayectoria, hasta donde la conocemos, podría ejemplificar la de la Galicia rural de los últimos dos siglos; y viene marcada, como no podía ser de otro modo, por la emigración: primero a América, y, luego, en la década de los sesenta y setenta, a otros países europeos. De modo que mi madre nació en Buenos Aires y mi abuelo y mis tíos maternos hicieron su vida allá, al igual que continúan haciéndola en la actualidad dos de mis hermanos mayores, en tanto que una tercera residió en Londres durante muchos años.

¿Mis recuerdos infantiles? Pues son los propios de un niño rural gallego de los años sesenta: olor a tierra mojada y hierba recién segada; al polvo de la trilla del cereal; a la pólvora que sigue al estallido de la cohetería festera, y al pulpo recién cocido de las romerías. Además, ahí está la colaboración con mi gente en las faenas agrícolas y en los trabajos de pastoreo, porque entonces todos trabajábamos desde muy pequeños.

También vienen a mi memoria los juegos infantiles de los domingos; y mi escuela, aquella casa destartada y vieja que alguien había cedido para este fin, después de haberse adueñado de las magníficas instalaciones escolares con las que, primero la Dictadura de Primo de Rivera y luego el Gobierno de la República, habían dotado al pueblo. Sus rectores: mis maestros de primeras letras y números, Dña. Balbina, fallecida hace apenas un par de años, y Don Benito, dos extraordinarios y entrañables

Las dos pasiones de Pepe Espiño.
Director del IES Valle de Turón

.....

docentes, empeñados en educarnos y enseñarnos lo suficiente para que pudiésemos “valernos en la vida”, como ellos mismos nos decían.



Y, desde luego, que lo consiguieron: de aquellas promociones salimos varios universitarios, y la mayoría de mis condiscípulos obtuvo de su solo magisterio los recursos formativos e intelectuales necesarios para su desarrollo personal y su integración social.

En mi caso particular, y desde hace casi treinta años, mi vida es por entero asturiana, y viene marcada por esos dos ejes que son a la vez mis dos pasiones, y que mi colega y amigo, el profesor Don Julio Concep-

ción, identificó con total acierto: la primera es mi pequeña familia, integrada por mi compañera y esposa, Ana Belén, nacida en Grado, aunque criada en Gijón; y mis dos hijas, Dana y Alexia, de Oviedo de toda la vida.

La otra pasión, no hace falta mencionarlo, es la comunidad educativa del IES “Valle de Turón”, a la que humildemente he intentado dedicar todo lo que ha dado de sí mi madurez y saber hacer humano y profesional durante veintiocho años; en los últimos veinte como su director y responsable.



Todo gallego viaja con sus raíces, alguna llevarás de Santiago...

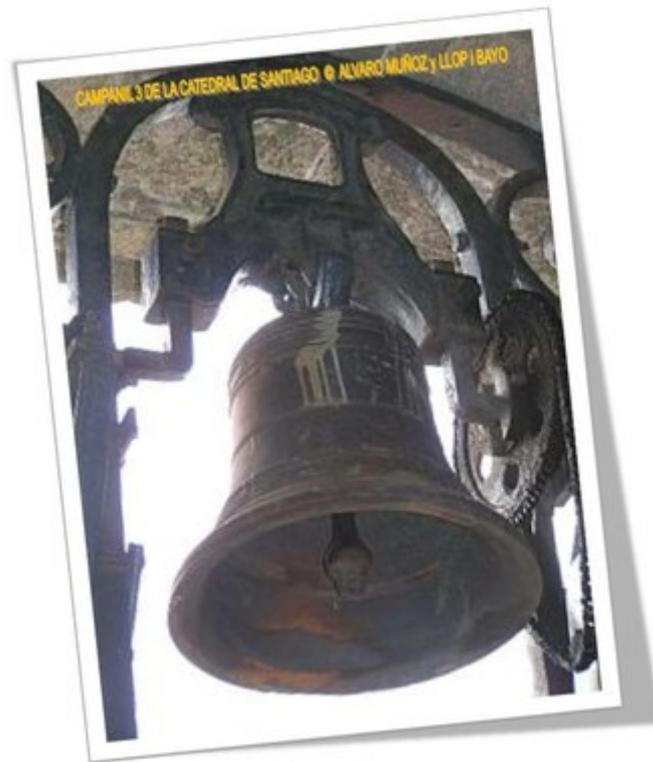
Alguien dijo que la patria de una persona es su infancia, por cuanto nuestra vida adulta siempre aparece marcada por esos años cruciales en nuestra existencia. Pero, además, como todos bien sabemos, los gallegos y los asturianos llevamos encima nuestra galleguidad y nuestra asturianía, para proyectarlas en la tierra y en la comunidad que nos acoge. Dicho de otro modo: vamos siempre haciendo patria y allí donde se encuentre un gallego o un asturiano está presente, toda entera, Galicia o Asturias.

No soy una excepción a esta regla, así que mis raíces gallegas son las que sostienen y justifican el árbol o arbusto que haya llegado a ser. ¿Santiago de Compostela? Es una ciudad maravillosa que asocio a mi nacimiento. Por algo los aires y perfumes de su alameda fueron los primeros que llenaron mis pulmones y estimularon por vez primera mis sentidos.

Pero también la vinculo a mis años juveniles: los paseos por A Ferradura con mis amigos; los exámenes del curso preuniversitario en su Universidad; los vinos más o menos furtivos, siempre acompañados de una sabrosísima tapa de pulpo o de cacheira, que disfrutaba de vez en cuando con mis colegas y amigos en O Franco.

Pero, por encima de todo, para mí Compostela tiene resonancias familiares y sentimentales, hasta el punto de que me cuesta contener la

emoción cuando en la Praza do Obradoiro oigo el tañido de las campanas de la catedral, las mismas que fundió en su fragua y colgó con sus manos expertas mi bisabuelo, José Liste: o Campaneiro de Orazo, una aldea del concejo de A Estrada, allá por 1916. Sin embargo, lo que más condicionaría mi personalidad y mi futuro no fueron mis experiencias compostelanas sino mis vivencias en mis años lucenses.



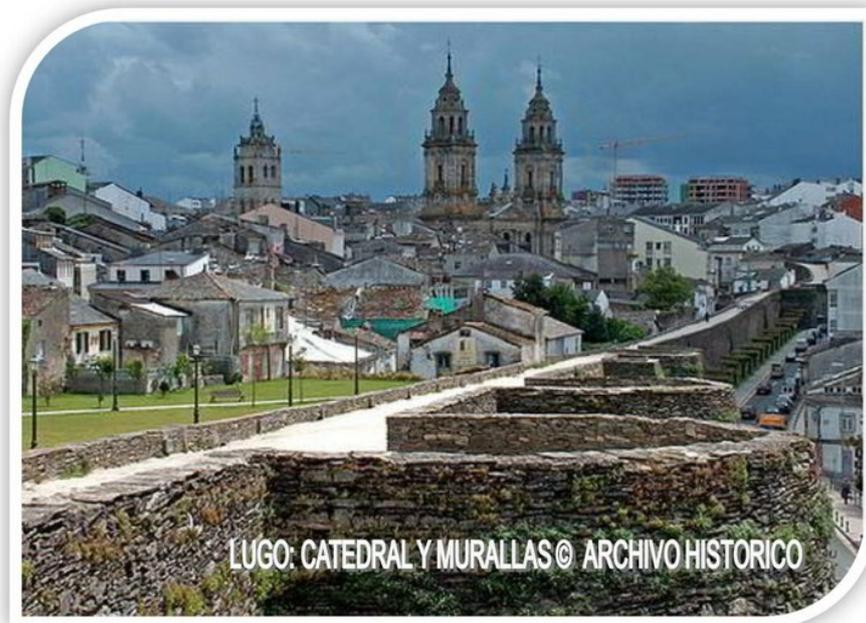
¿Lugo? ... ¿la tranquila ciudad de las murallas romanas?

En efecto, pero tendría que explicarlo un poco. Cuando alcancé los diez años de edad, los maestros de mi pueblo advirtieron a mis padres de la conveniencia de que continuase con mis estudios, ya que, según afirmaban, reunía las condiciones y dotes necesarias para ello; y porque eran conocedores de que la alternativa a mi futuro académico serían unos años de labranza, quizás el aprendizaje de algún oficio y, en cualquier caso, la emigración cuando alcanzase la edad para ello.

Pero tal pretensión chocaba con la escasez de recursos económicos de la familia, además de que a mis otros hermanos también les asistía todo el derecho a recibir la ayuda que precisaban, tanto o más que yo. La solución vino de la mano del cura-párroco del pueblo, Don Manuel. Me presentaría a un examen para obtener una beca e ingresaría en el Seminario de Lugo para seguir estudios de Humanidades.

¿Por qué en el de Lugo y no en el de Santiago? Mi parroquia pertenecía administrativamente al arciprestazgo de Trasdeza, de la diócesis de Lugo, así que el párroco, celoso de su feudo, lo tenía claro: estudiaría en Lugo, aunque esta ciudad se encontrase a más de cien kilómetros de mi casa y no en Santiago, que distaba sólo unos pocos.

Así que aquel mes de mayo, acudí a Lugo a examinarme y me concedieron la beca. Superado el cursillo de selección que tuvo lugar durante verano, ingresé en el Seminario el día tres de octubre, en plenas fiestas de San Froilán, patrono de la ciudad lucense. Allí me dejó mi padre con mi pantalón corto, a media tarde, porque él tenía que regresar a casa, después de haberme ayudado a hacer por primera vez mi cama con sus manos callosas de esforzado labrador.



Y allí pasé el resto de mi infancia, mi adolescencia y parte de mi juventud, hasta que dejé el Seminario casi diez años después. Fueron tiempos muy duros y difíciles, marcados por una profunda soledad y una gran carencia afectiva. En todo este tiempo no recibí visitas y sólo regresábamos a casa con nuestras familias durante los meses de verano y unos días por Navidad; y, por primavera, después de la Semana Santa lucense, en la que obligatoriamente habíamos de participar.

Por lo demás, todo estaba perfectamente pautado y reglamentado: el levantarse y el acostarse, los rezos y los actos religiosos, las clases y las horas de estudio, las comidas que realizábamos en silencio, los juegos (todos practicábamos algún deporte, al menos durante una hora al día), el aseo, los paseos por la muralla, el parque o la carretera de La Tolda los jueves y los domingos. De tal manera que la rutina se convertía en

tu mejor aliado: en el más eficaz antídoto contra cualquier atisbo de depresión o aburrimiento.

Pasado el tiempo y analizada esta experiencia con objetividad, y en sus justos términos, dejadas de lado sus oscuridades y sus sombras, tengo que reconocer y mostrar mi profundo agradecimiento por todo lo recibido, que hizo de mí lo que soy y como soy. Salí del Seminario de Lugo con una sólida formación humanística en las más variadas disciplinas. Me inculcaron a sangre y fuego el hábito de trabajo y el espíritu de esfuerzo y sacrificio.



Me enseñaron a expresarme y a comunicarme, lo que corrigió en gran medida mi timidez innata. También me introdujeron en los secretos de la oratoria, ese arte de hablar en público tan importante para la convivencia, que los griegos inventaron junto con la democracia hace dos mil quinientos años. Estimularon mi capacidad de análisis y el pensamiento crítico. Me dotaron de los instrumentos y de las herramientas intelectuales necesarias para continuar reflexionando y aprendiendo.

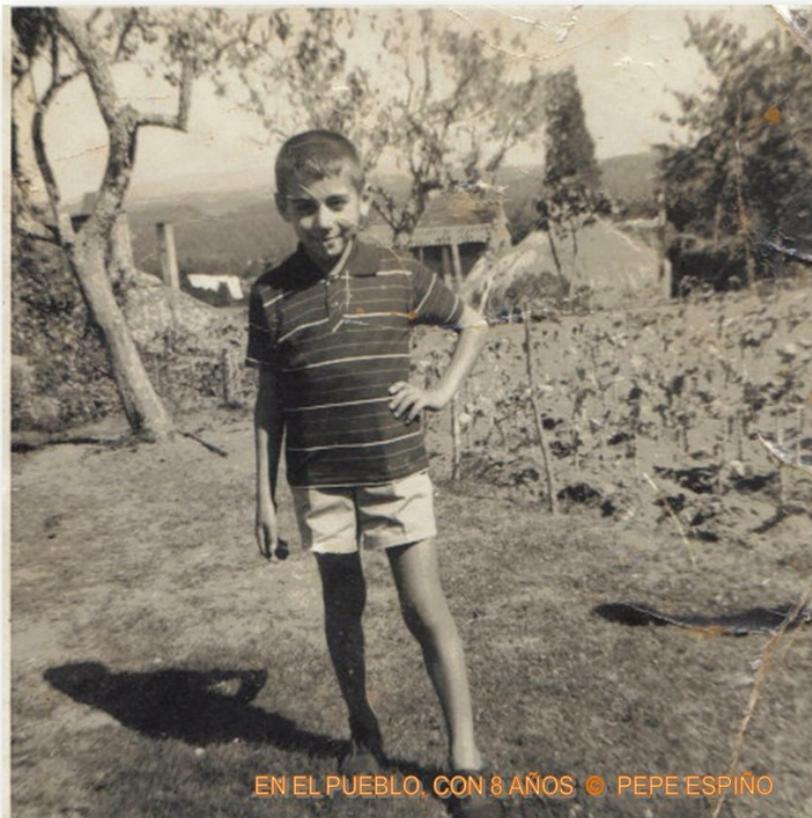
Me iniciaron en una concepción estoica de la existencia que, en buena medida, explican la austeridad, así como cierta ecuanimidad y tranquilidad de espíritu que trato de practicar a diario. Y, sobre todo, y por encima de cualquier otra consideración, me inculcaron el sentido de la responsabilidad, y una fuerte conciencia social, que son la base de cuanto de bueno y positivo haya podido hacer hasta ahora en mi vida.

Tu padre fue un referente fundamental, sus palabras han moldeado tu personalidad...

Era una persona muy inteligente, que disfrutaba del don de la observación y del análisis objetivo y ecuanime de cuanto le rodeaba y acontecía. Y a modo de resumen, solía condensar en una palabra o en una senten-

cia el resultado de sus apreciaciones. Pasado el tiempo, y cuando me hice adulto, caí en la cuenta de que algunos de estos enunciados constituían la síntesis más ajustada de los criterios que deben regir cualquier educación que merezca tal nombre. Porque al fin y al cabo, todos nacemos bestezuelas, y sólo una buena educación nos transforma en personas y nos eleva a la categoría de seres humanos.

El primero de estos principios es el de la honradez o la honestidad, que mi padre resumía en expresiones como: “Un hombre es su palabra”; o aquella otra: “Prefiero no dejarte nada en herencia, pero sí un apellido limpio”. Y desde luego que lo llevaba a la práctica. Otra de sus expresiones favoritas era: “Una persona no es una cosa”; lo que resume magistralmente la dignidad esencial e inviolable de todo ser humano, que jamás debe instrumentalizarse o convertirse en moneda de cambio.



También sentenciaba “Los ricos tienen el dinero, los pobres nuestro trabajo”, lo que justifica el empeño que ponía en que, desde muy pequeños, mis hermanos y yo nos habituásemos cuanto antes a realizar alguna tarea útil para el grupo familiar; porque tenía clara conciencia de la importancia del trabajo para el desarrollo de cualquier proyecto personal.

Desafortunadamente, las circunstancias presentes vienen a poner de actualidad, en todo su dramatismo, la verdad de este aserto, cuando más

de cinco millones de compatriotas ven comprometidas sus vidas al negárseles su derecho básico al trabajo.

Y también: “Quien se vende una vez, se vende un ciento”, lo que alude a la responsabilidad, la libertad y la autonomía personal. En fin, principios éticos de la más acendrada calidad, y, por lo mismo, inspiradores de una educación que empieza y termina en la familia, que rigió las vidas de nuestros padres y ha de regular la nuestras y las de nuestros hijos, si no queremos involucionar y degradarnos.

¿Y aquello de: "vale más un mal acuerdo que un enfrentamiento"?



Otro de los aforismos de mi padre, quien a sus veinte años vivió en carne propia los momentos más convulsos y trágicos de nuestra historia reciente, y que desembocaron en la Guerra Civil. Su lucidez le permitió identificar con precisión las causas y también a los agonistas y responsables últimos de aquella tragedia, y que ahora también refieren los historiadores: unos políticos mediocres y miopes, víctimas de sus prejuicios y fanatismos, incapaces de encauzar los conflictos y asegurar la convivencia entre todos los españoles.

Por eso, mientras arrastraba su cuerpo juvenil por las trincheras, viendo morir de modo tan indigno y absurdo a miles de jóvenes, que nada tenían que ver con toda aquella locura, llegó a esta conclusión, que es, a la vez, una norma ética y una filosofía de vida. Al fin y al cabo, La Verdad es un vidrio que alguien, con muy mala leche, quebró un buen día en mil añicos. Ahora cada uno de nosotros tiene un trocito: lo trágico es que todos creemos poseerla por entero. Y este es el origen de muchos de nuestros conflictos y enfrentamientos, en lo personal y en lo colectivo.

Nada es tan importante que justifique poner en peligro a las personas y su convivencia. Por eso debe abrirse camino el diálogo, la cesión y el pacto. Todo es negociable, salvo aquello que afecta a los derechos básicos y al bienestar general. Porque finalmente ni el éxito ni el fracaso son absolutos y definitivos; y lo que hoy puede percibirse como una cesión y un retroceso, mañana puede resultar todo lo contrario. Cualquier cosa menos el enfrentamiento. Es un consejo que trasladamos a nuestros políticos. Es gratis y les aseguro que da resultado.

¿La literatura como primera vocación?



La verdad es que no creo demasiado en la vocación como una llamada íntima que, de manera más o menos compulsiva, te lleva a abrazar determinada profesión u oficio o a proceder de este u otro modo. Más bien la concibo como un cúmulo de circunstancias, la mayor parte de las cuales fuera de nuestro control, que van condicionando nuestras sucesivas elecciones. He aquí una simple muestra de esta afirmación. En un primer momento confieso que descubrí la literatura casi por descarte. Como ya manifesté, el discurrir diario en el seminario estaba plagado de soledad y de silencio.

En ese contexto se promovía y se valoraba mucho el aprendizaje y la práctica musical, y casi todos mis compañeros pertenecían al coro o tocaban algún instrumento. Pero yo nunca tuve oído musical, y, a lo sumo, llegué a solfear penosamente. Por tal motivo, y casi por necesidad,

busqué una afición alternativa y así fui descubriendo la literatura. Primero fueron textos sencillos y livianos con escasa calidad artística; luego ocuparon mi tiempo las grandes obras de los autores clásicos greco-latinos; y, por último, leí con gran interés uno tras otro, y a veces más de uno a la vez, la mayor parte de los textos de la historia de la literatura castellana, francesa e italiana, así como algunas traducciones de autores de lengua inglesa.

Leía sin orden ni criterio alguno, y sin distinción de género ni tendencia. Saltaba de un poemario a una novela o a una pieza teatral; y de la poesía romántica al teatro clásico español o francés. De modo que, cuando a los dieciséis años me atreví con los existencialistas franceses y otros autores más recientes, la literatura había dejado de ser para mí una simple afición para convertirse en una pasión y una necesidad. No es éste el contexto apropiado para enumerar y evaluar los beneficios que obtuve de esta experiencia lectora, pero baste con señalar que condicionó mi vida y modeló mi personalidad.

Primera parte de la entrevista realizada por Jorge Varela para elvalledeturon.net, Turón, junio de 2012

.....

2ª Parte. El pasado de Turón se merece un buen futuro.

Con los recuerdos y las raíces ya bien plantados, Pepe Espiño evoca, en esta segunda parte, esos densos años de vida dedicados, con pasión, a la enseñanza: “esa profesión que, como algunas otras, requieren un suplemento de humanidad”. Un humanismo activista que trasciende la conversación. Aborda con realismo la situación agitada del mundo de la docencia, y el presente inseguro de nuestra juventud. Un realismo que no empaña una visión optimista inquebrantable, porque, a pesar de los grandes desafíos, sigue creyendo en los jóvenes “cuyos ojos revelan un alma limpia y noble, cargada de valores”.

Los retos son grandes, y junto con el claustro del IES, promueve proyectos y propicia un ambiente adecuado, para que los “hijos de mineros”, por los que dice haber apostado con acierto, aprovechen esta etapa de formación, y encaren con éxito su propio futuro. En ese mes de julio de 1984 eligió un destino geográfico, Turón, pero también el destino de su propia vida. Y hoy se siente inmensamente agradecido.

Este largo camino, fiel a un pueblo y a su gente, es un recorrido que volvería a emprender, porque aquí se ha sentido útil y ha podido contribuir a mejorar las cosas, poniendo al servicio de los más jóvenes y de sus familias todo lo que ha aprendido. Hoy, dice, “me siento y soy mucho mejor que cuando recalé en este Valle, vinculado ya a mi vida para siempre, desde hace casi tres décadas”.

Una larga etapa en la que ha fraguado un mensaje convencido a todos nuestros jóvenes. Les anima a no perder nunca la ilusión, convencido de que podrán disfrutar de tiempos mejores; les invita a ser estudiosos y constantes, a huir de los mezquinos y de los iluminados; a practicar los valores de los abuelos y a centrar sus vidas en principios éticos.

Este gran gallego-turonés, fiel al dicho, les empuja a “ensanchar su visión del mundo, aprendiendo de todo y de todos”. Una llamada vibrante a romper el inmovilismo y a desechar el miedo. Su varita mágica la utilizaría para cambiar actitudes y desarrollar militancia activa en un Turón en el que abundarían las ofertas de “nuevos ciclos de Formación Profesional, inéditos en el Principado, (...) para poder optar a nuevos empleos”.

Liberaría instalaciones y terrenos ociosos de Hunosa, para emprendedores y PYMES; y aprovecharía la arqueología industrial del Valle, para, una vez declarado y reconocido oficialmente como “Bien de Interés Cultural”, crear un gran museo de la minería, único en España... Porque para Espiño, el pasado de Turón se merece un buen futuro

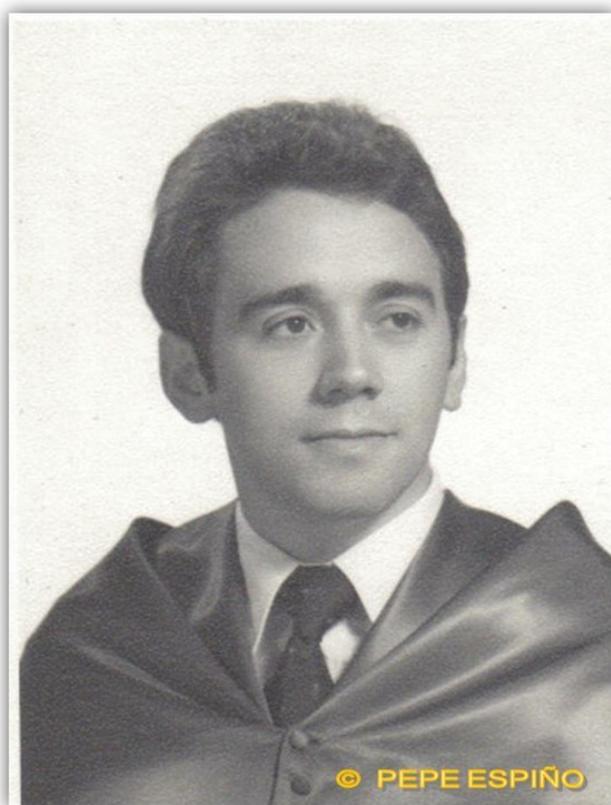
Los gallegos no piden, emigran... a Turón.

Bueno, otra vez las circunstancias mandan, y tienen la última palabra. Cuando finalicé mis estudios de Filología Hispánica en la Universidad de Oviedo, allá por junio de 1980, con la obtención del grado de licenciatura en la doble especialidad de Lengua y Literatura Castellana, tenía una necesidad urgente e imperiosa y un objetivo prioritario: encontrar un empleo. Sin embargo, las salidas profesionales para un recién licenciado eran casi tan limitadas como lo son en el momento actual. De hecho, en aquellos años apenas se convocaron plazas de nuevo ingreso en los cuerpos de profesores de enseñanza media.

De modo que, avalado por mi trayectoria y expediente académico, mis extraordinarios maestros, los catedráticos Don Emilio Alarcos, Don José M^a María Martínez Cachero y Dña. Carmen Bobes (Los dos primeros ya fallecidos) me animaron a que solicitara una beca del Plan Nacional de Formación del Personal Investigador. No estaban muy bien pagadas estas becas, pero, al menos, su importe me daría para vivir; y, lo más importante, me permitiría continuar formándome con el objetivo último de hacer carrera en la Universidad. Según me decían entonces, esta era, o debería ser, la puerta natural para ingresar como profesor en un claustro universitario.

Solicité entonces y obtuve una de las nueve becas que ese año correspondieron al distrito universitario asturiano; y quedé adscrito al Departamento de Teoría Literaria, para investigar en el desarrollo y aplicación de los conceptos y los métodos del estructuralismo y el postestructuralismo lingüístico al análisis y el estudio de los textos literarios.

Durante los años siguientes, seguí y superé los cursos del doctorado, y fui desarrollando el plan investigador previsto, con evaluaciones anuales positivas, publicando algunos artículos, colaborando en monografías colectivas y participando en congresos y reuniones científicas de mi especialidad.



Pero la nueva Ley de Reforma Universitaria vino a poner fin a mis expectativas académicas y profesionales, al establecer un nuevo modelo de acceso a las plazas universitarias. Se me ofreció entonces la posibilidad de continuar mi formación en una universidad extranjera, pero nadie me garantizaba a mi regreso una plaza en Oviedo, o en cualquier otra universidad española.

De manera que, fiel a la observación de mi paisano, el gran escritor gallego, Castelao, quien escribió; “los gallegos no piden, emigran”, el día veintiséis de marzo de 1984, después de un solitario paseo por la playa de San Lorenzo en Gijón, resolví presentarme a las oposiciones de Agregados y Catedráticos de Instituto, que aquel año sí habían sido convocadas. El día 28 de junio realicé los primeros exámenes en Madrid, y el 25 de julio había superado las pruebas, y obtenido una de las quince cátedras vacantes. Firmé la del Instituto de Turón, única vacante aquel año en todo el Principado.

Después de tantas vueltas, dejaba aparcados mis escarceos en la investigación y la crítica literaria, y me convertía en un profesor de instituto, o lo que quiera que haya sido en estos últimos veintiocho años.

Y así llegó la enseñanza: turónés pues por vocación docente...

En numerosas ocasiones, algunos colegas y amigos me han preguntado si no me siento frustrado por haber terminado en un centro de educación secundaria, sin reconocimiento social, y con escasas o nulas oportunidades de progresar académica, administrativa o profesionalmente. A todos ellos les he contestado siempre con un rotundo y el más sincero “no”. De todo lo referido se desprende que he recalado en la enseñanza media y en este Instituto un poco por casualidad, pero hoy volvería a recorrer el camino andado sin dudarle un instante.

Turón y esta comunidad educativa me han hecho sentir útil, y me han brindado la oportunidad de contribuir a mejorar las cosas, y de poner al servicio de los más jóvenes y de sus familias todo lo que he aprendido. Hoy me siento y soy mucho mejor que cuando recalé en este Valle, vinculado ya a mi vida para siempre, desde hace casi tres décadas.



Todos los oficios y trabajos son igualmente dignos e importantes, porque están impregnados de la dignidad de las personas que los ejercen, y se destinan a otras personas que se benefician de ellos. Pero hay algunas profesiones que requieren un suplemento de humanidad. Son aquellas que guardan relación con la salud y la educación de otros seres hu-

manos; y que, por consiguiente, están directamente vinculadas a su vida, su felicidad o infortunio.

Por tal motivo, su ejercicio requiere un alto grado de implicación y compromiso personal: un plus de gusto, sensibilidad y pasión por lo que se hace. Sí, a mis hijas y a mis alumnos asígnenles, por favor, un maestro con vocación: seguro que será bueno.

Muchos son los retos que tenéis por delante...

Sin entrar a analizar y valorar las consecuencias de las recientes medidas gubernamentales, relativas al aumento de la carga lectiva del profesorado y del número de alumnos por aula, lo cierto es que hay que reconocer que corren malos tiempos para el ejercicio de la función docente. Los problemas y dificultades vienen de casi todos los frentes. Para empezar, en muy poco tiempo ha cambiado radicalmente el perfil del profesor, y lo que la sociedad espera de nosotros.

No sólo se nos encomienda que eduquemos e instruyamos a sus alumnos: también que realicemos otras tareas de diagnóstico psicopedagógico, orientación escolar y familiar; y mediación en conflictos para lo que no nos sentimos preparados; al tiempo que se nos abruma con multitud de tareas administrativas que vienen a sobrecargar nuestra agenda.

El otro frente de dificultades deriva del perfil del alumnado que en estos niveles educativos se incorpora a las aulas con carácter obligatorio y hasta los dieciséis años, hayan alcanzado o no estos chicos los niveles educativos e instructivos requeridos en las etapas anteriores.

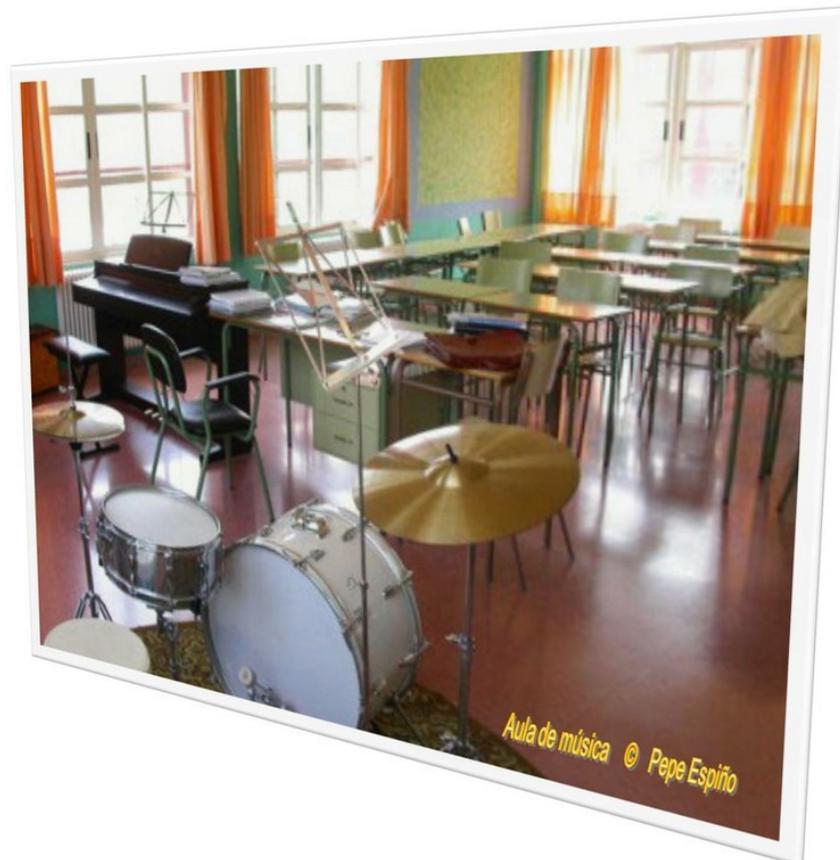
Tal diversidad de alumnos en las aulas, en no pocos casos, con escasa o nula motivación por sus estudios, es otra fuente de problemas para los profesores y maestros; en muchos casos, presas de la ansiedad y el estrés generado por una situación que les supera, se angustian tratando de encontrar y aplicar nuevos métodos y estrategias pedagógicas que les permitan atender a sus alumnos en las mejores condiciones posibles, y evitar que alguien se vea perjudicado.

Tampoco de las familias llega siempre la ayuda y la colaboración que sería de esperar. En algunos casos, los padres de alumnos han dejado de ser los colaboradores imprescindibles y necesarios en el proceso de aprendizaje de sus hijos, para convertirse en clientes exigentes, colmados de derechos, que no dudan en trasladar a los institutos y a las escuelas las responsabilidades que ellos mismos no saben o no quieren asumir en la educación de sus hijos.

Por su parte, las decisiones de la Administración complican aún más el panorama. En muy pocos años, y al ritmo de la alternancia política, se han aprobado y aplicado cinco leyes orgánicas en materia educativa, introduciendo de este modo un extra de inestabilidad e inseguridad en los claustros.

Y como guinda de este poco apetecible pastel, tenemos otro factor: la irrupción en toda la vida social, y también en las aulas, de las tecnologías de la comunicación y la información. Nuestros chicos han nacido entre ordenadores y móviles de última generación, y los manejan con soltura y eficiencia desde muy pequeños. Sus profesores aprendemos a manejarlos con torpeza en nuestra edad adulta, para intentar incorporar estas herramientas a la práctica docente. Es evidente que arrastramos una gran desventaja en este campo, y hemos de realizar un sobreesfuerzo para no perder comba con nuestros propios alumnos.

No obstante, el oficio de educar y enseñar es tan hermoso y apasionante, que la mayor parte de los docentes terminan altamente comprometidos con las tareas de su magisterio, y suplen con una dedicación y un esfuerzo admirables las dificultades que encuentran en su camino. Este, al menos, es el resultado de mi experiencia durante estos años en nuestro Instituto.



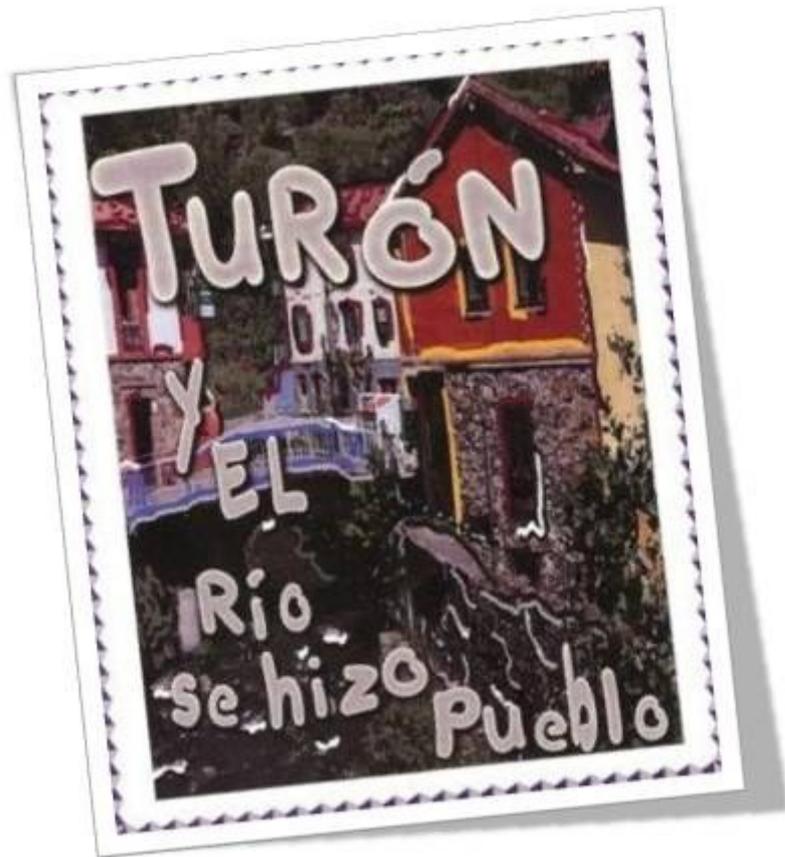
¿Y el IES Valle de Turón? ¿En qué proyectos estáis trabajando en estos momentos?

Después de varios años de lucha y de un esfuerzo colectivo y continuado, estamos en condiciones de dejar constancia de que el Centro pasa por un momento muy positivo. Se ha reconstruido físicamente en su integridad, se ha ampliado en casi mil metros, se ha renovado la totali-

.....

dad de su equipamiento, se le ha dotado de nuevos accesos practicables y seguros, se ha construido un moderno polideportivo. Todo ello ha supuesto una inversión cercana a los dos millones de euros.

Por otra parte, su oferta educativa se ha visto incrementada con dos ciclos formativos de la familia profesional de Sanidad, que en la actualidad tienen una fuerte demanda. También se imparten cursos para la inserción laboral de personas en situación de desempleo. En el ámbito organizativo, el Instituto ha adaptado con diligencia su Proyecto Educativo a los cambios exigidos por las nuevas normas educativas, y cuenta con un profesorado y con los recursos humanos suficientes para prestar un servicio educativo de gran calidad a los jóvenes y familias turonesas.



Un dato que confirma estos asertos: hace un par de semanas el Servicio de Inspección Educativa del Principado nos remitió el informe derivado de la evaluación general del Centro, que un equipo de cuatro inspectores llevó a cabo durante el mes de marzo. En ocho de los diez ámbitos evaluados el IES “Valle de Turón” raya la excelencia.

¿Retos? Se me ocurre que lo más importante cara al futuro es que los turoneses, familias y alumnos, apoyen y opten por su Instituto como lo hicieron en el pasado, en la seguridad de que no encontrarán fuera nada

.....

mejor de lo que afortunadamente, y con el esfuerzo de todos, hoy pueden disfrutar en su propia casa.

En cuanto a los proyectos actuales, continuamos en la línea de innovación y experimentación educativa que nos ha caracterizado en la última década. Aquí se han ensayado muchos de los proyectos pedagógicos experimentales, algunos de los cuales se aplicaron o extendieron luego a otros centros educativos del Principado. El día 20 de marzo hemos firmado con la Sra. Consejera de Educación y Universidades el documento que nos compromete al desarrollo de un Plan de Mejora, en el marco del proyecto institucional del Ministerio de Educación, llamado Contrato-Programa.

Nuestros porcentajes de aprobados o titulados son equiparables o superiores a la media de los centros del Principado que imparten 3º o 4º de la ESO, Bachillerato o Formación Profesional.

Pero hemos de mejorar los índices de abandono escolar prematuro, y los resultados obtenidos en el primer ciclo de la ESO. Para conseguirlo desarrollaremos una serie de actuaciones con las familias de alumnos, con los colegios de Educación Primaria de la zona; así como en el propio Instituto, introduciendo algunos cambios en la metodología pedagógica, procurando una atención más personalizada a alumnos, y facilitando las prácticas deportivas en horario vespertino. Estamos muy motivados y confiamos en que el proyecto resulte de utilidad para nuestros chicos y sus familias.



“Los ojos de los jóvenes revelan un alma limpia y noble, cargada de valores. Y sin duda habrá un futuro para todos porque ellos son ese futuro”.

En el mundo en que vivimos, nuestros jóvenes no lo tienen muy fácil..

Nunca resultó fácil ser joven e ingresar en la vida adulta, pero en nuestros días convergen nuevos factores añadidos, muchos de ellos adversos, que vienen a complicar la vida de nuestros jóvenes un poco más. En primer lugar, han de enfrentarse a la escasez de oportunidades de trabajo que sufre el conjunto de la población y que se ceba especialmente con ellos. Ahí está el índice de paro juvenil galopante, que ya supera el cincuenta por ciento. Y la gran paradoja: la generación mejor preparada de nuestra historia no encuentra trabajo o se ve obligada a emigrar. Esta circunstancia lo lastra todo y condiciona sus vidas de raíz.

En segundo lugar, los jóvenes se enfrentan a una terrible inseguridad, generada por un relativismo moral y del pensamiento, que ha dado al traste con unas referencias tradicionales, sin que apunten y se consoliden otras nuevas y alternativas.

En tercer lugar, y en relación con lo anterior, la aparición de innumerables gurúes que se aprovechan de nuestros chicos y tratan de seducirlos con falsas salidas, ofreciéndoles soluciones engañosas y alienantes. En cuarto lugar está ese bajo tono vital y la voluntad debilitada que arrastran muchos de nuestros chavales, como consecuencia del influjo malsano del hedonismo y el consumismo feroz que nos envuelve.

Y, por último, pero no por ello el menos significativo, quisiera apuntar otro dato que pone en riesgo la salud colectiva de nuestra juventud: la dramática soledad en la que viven. No hay más que entrar en las redes sociales para comprobar sus dificultades para comunicarse. Proyectan en sus avatares y fantasmas mediáticos sus carencias afectivas y las necesidades que no pueden satisfacer en su vida real y cotidiana.

En resumen, son muchos y muy serios los desafíos que han de enfrentar nuestros jóvenes, pero, si hay algo consustancial a la juventud es la esperanza. Sus ojos revelan un alma limpia y noble, cargada de valores. Y sin duda habrá un futuro para todos porque ellos son ese futuro.

¿Qué dirías a nuestra juventud, a tus jóvenes para enfrentar estos momentos complicados?

Lo primero que les diría es que no decaigan, que no se hundan, que no pierdan la ilusión. Una de las ventajas de hacerse mayor es que empiezas a entender que nada hay definitivo, y que todo es cíclico, lo bueno y lo no tan bueno. Vendrán tiempos mejores, cargados de oportunidades, seguro. Les diría que deben poner todo su empeño en los estudios, para que ese futuro los encuentre preparados. Les diría que han de ejercitar a diario y a fondo su voluntad hasta ser capaces de persistir en un empeño y en el logro de unos objetivos asequibles y realistas.

.....



Les diría que se detengan a distinguir las voces de los ecos, y que no se dejen engañar por las veleidades de iluminados y mezquinos. Les diría que descubran y practiquen los valores de sus abuelos, quienes se enfrentaron a diario a la oscuridad del pozo para sacar adelante a sus familias: arrojo y valentía, austeridad, voluntad, espíritu de sacrificio, honradez, solidaridad... Les diría que anclen sus vidas en unos cuantos principios éticos básicos, que les proporcionarán la seguridad que precisan en medio del barullo y la confusión.

Les diría que se convenzan de que al final sólo les quedará aquello que sean capaces de dar. Les dirían que viajen, que observen el ancho mundo y que aprendan de todo y de todos. Les diría que no vean en el extranjero a un extraño y una amenaza, sino una oportunidad para compartir y enriquecerse como personas. Les diría que conozcan y descubran el entorno en el que viven, empezando por su propio Valle; y que cuiden el medio natural que los acoge y alimenta, porque la Naturaleza vendrá una vez más en nuestro auxilio; y de su cuidado surgirá en las próximas décadas un filón de nuevas ocupaciones e insospechados modos de vida.

Y, por encima de todo, y sobre todo, diría a nuestros chicos y chicas que no teman, que no dejen que sus vidas discurren mediatizadas por el miedo. Que se lancen, que se arriesguen, sabiendo que sus acciones siempre estarán justificadas, si las ejecutan con una mente clara y limpia y un corazón noble y generoso.



¿Te acuerdas de tu primera visita a Turón, de niño?

Pues sí, conocí y visité Turón cuando tenía ocho o nueve años, ayudado por mi imaginación, y basándome en los relatos con los que mi padre entretenía nuestras veladas, alrededor del hogar, durante las largas noches de invierno, o en los descansos de las faenas del campo. De sus labios escuché entonces, y por primera vez, topónimos como Pajares, Campomanes, Pola de Lena, Mieres, y Turón...

Y a este último lo asociaba con un valle muy estrecho y largo, rodeado de montañas altísimas, surcado por un río cantarín y tortuoso. Sus casas estaban colgadas de las laderas, y parecía que iban a rodar hasta el río, pero se mantenían milagrosamente erguidas. A ellas se accedía a través de pasos y accesos muy empinados. Sus paisanos eran gente muy abierta, trabajadora y brava, que defendía lo suyo.

Mi imaginación infantil ponía el resto y completaba los huecos dejados por sus palabras con otros muchos datos y descripciones, que ponderaban en grado sumo y embellecían aquel lugar fantástico. Por eso, cuando en julio de 1984 me hice cargo en Madrid de la Cátedra de Lengua Castellana y Literatura del Instituto de Turón, y un compañero que sí conocía bien el Valle me comentó “Te vas al pueblo más feo de Asturias”, le contesté de inmediato: “Pues ese no es el pueblo que yo conozco desde niño”.

Turón me dijiste fue tu elección... ¿por qué?

Mi propósito, cuando obtuve este mi primer destino, era permanecer en el Instituto de Turón dos o tres años, el tiempo necesario para obtener plaza en un Instituto de Oviedo, y así poder continuar con mis in-

vestigaciones en la Universidad. Pero, en poco tiempo, este Valle, sus familias y mis alumnos me habían ganado, de modo que en ningún momento, a lo largo de todos estos años, me planteé la posibilidad de concursar y trasladarme a otro centro.

Así que se puede decir que, en efecto, Turón fue mi elección. ¿Por qué? Como ya he dicho, soy y me considero un hijo del pueblo: del mío y también de este, porque, en realidad, el pueblo es siempre uno.

Desde el principio, percibí que los viejos mineros y sus familias tenían los mismos valores y sufrían las mismas dificultades que había experimentado entre mi gente, en mi juventud. Y, también, compartían idénticas aspiraciones: eran capaces de realizar todo tipo de sacrificios para que sus hijos adquiriesen una formación que les permitiera abrirse camino ahí fuera, evitando “tener que bajar al pozo”, como escuché en tantas ocasiones de sus labios.

Y ahí está el secreto de mi decisión: Turón me hizo sentir útil, y uno más del pueblo; y me ofreció la oportunidad de poner a su servicio lo mejor de mi persona. En suma, y como me recuerda a menudo Don Manuel Baquero, me identifico como un “turonista” que intenta ganarse cada día lo que otros tuvieron la suerte de adquirir por nacimiento.



Si tuvieses una varita mágica, ¿qué harías por el valle?...

Juguemos, pues, a ser magos y a visualizar lo que puede parecer imposible. Si de mí dependiese, lo primero que haría sería modificar radicalmente ciertas actitudes de algunos turoneses: les insuflaría un poco de confianza en sus posibilidades y de optimismo razonable: potenciaría su autoestima y el aprecio de cuanto les es propio; intentaría motivarles y que desarrollasen una militancia activa y comprometida en favor de la mejora del Valle y de cuanto este representa; sembraría valores de solidaridad.

En fin, procuraría que cada hombre y mujer de este pueblo, los que aquí viven y los que están fuera, recuperasen y practicasen los valores de sus abuelos y padres fundadores.



Seguidamente, ampliaría la oferta formativa de los centros educativos del Valle, implantando en su Instituto nuevos ciclos de Formación Profesional, inéditos en el Principado, que atrajesen a

jóvenes de otras latitudes y que permitiesen a los adultos reciclarse formativa y profesionalmente y optar a nuevos empleos.

Yendo a un terreno más material, trataría de reunir cuanto antes los ciento cincuenta mil euros que precisamos para construir los vestuarios y el área de servicios del nuevo polideportivo, que estrenamos hace año y pico, para que todos los turoneses puedan hacer uso de estas instalaciones.

También liberaría las instalaciones y terrenos ociosos de Hunosa para, junto con los del polígono de La Cuadriella, ofrecerlos en condiciones ventajosas a emprendedores y pequeñas y medianas empresas, con la única condición de que creasen puestos de trabajo. Aprovecharía la arqueología industrial y las instalaciones y equipamientos que ha dejado en el Valle su pasado minero, para, una vez declarado y reconocido oficialmente como “Bien de Interés Cultural”, crear un gran museo de la minería, único en España.

Eliminaría todo aquello que afea y contamina el espacio físico del Valle, desde La Colladiella hasta Figaredo, para mostrar y ofrecer a propios y extraños la belleza natural de nuestro pueblo. Potenciaría su espacio y recursos naturales y paisajísticos y divulgaría su magnífica gastronomía. También mejoraría los servicios públicos de la sanidad, la educación, el disfrute del tiempo libre y el ocio, así como las comunicaciones existentes, hasta hacer de Turón, uno de los barrios más atractivos y hermosos de la “Ciudad Astur”, que habitamos casi un millón de asturianos.

Turón en una frase.

El pasado de Turón se merece un buen futuro.

Segunda y última parte de la entrevista realizada por Jorge Varela para elvalledeturon.net, Turón, junio de 2012

Fuente de la entrevista

<http://www.elvalledeturon.net/ocio/entrevista/usana-perez-alonso-julio-alfredo-y-pepe-espino/pepe-espino> (1)

<http://www.elvalledeturon.net/ocio/entrevista/usana-perez-alonso-julio-alfredo-y-pepe-espino/pepe-espino/pepe-espino> (2)